

HISTORIA DE UNA GUERRERA

Allá por el diez de agosto de mil novecientos diez, nacía una niña llamada Antonia.

Ella era la quinta, ya que ya habían nacido dos niños y dos niñas más. Sus padres trabajaban en una finca que era de los Cambreles y se dedicaban a sembrar y a cuidar cabras y vacas que había en aquella finca.

A Antonia pronto le llegaron más hermanos, tantos, que pronto fueron nada menos que trece. Antonia se pasó la niñez arrullando a sus nuevos hermanitos. Mira qué grande era que un día su mamá la mandó a que arrullara a su hermanita pero, quizás por hambre, su hermanita María no se dormía y ella, ni corta ni perezosa se metió en la cuna con ella y se quedó dormida junto a su hermana. Cuando su madre llegó y la encontró dormida, la cogió por un bracito y le dio con una lona ¡La pobre! Su “delito” fue caer rendida por el cansancio y el aburrimiento.

Antonia siempre tenía que hacer los trabajos de la casa, nadie le echaba una mano.

Ya con doce años, llegó una maestra al barrio y fueron a apuntar a los niños y niñas, pero Antonia no cabía. Algún día pedía que le fueran a ayudar, pero le contestaban: “Hazlo tú que no tienes que estudiar”

Tenía las uñas de sus hermanos marcadas en la cara. Antonia se aburría y se escondía a llorar debajo de la higuera.

Un día su papá le dijo:¿ Qué te pasa hija que has perdido hasta el color?

Cuando cumplió trece años, Antonia quedó huérfana de padre, perdió a la única persona que se preocupaba por ella. Pasó a ser la que iba a cuidar las cabras, la que iba a la tarjea a buscar agua, la que hacía todo y más. Un día salió a cuidar las cabras, fue a la cueva a soltarlas pero comenzó a llover y al poco rato el barranco “atormentaba”. Allí se pegó todo el día bailando sobre una laja (piedra plana) ya que ignoraba el peligro que podía correr. Ya cayendo la tarde, llegaron sus hermanos mayores a llevarle de comer, Antonia ni de comer se acordaba.

Así fue creciendo Antonia, pasando una adolescencia “sirviendo” a su propia familia. Pasó a ser la joven más triste y tímida del barrio.

Ya con veintitantos años Antonia encontró a alguien que demostró interés por su persona, ya que no sé si sería amor.

. Ella aceptó a aquel señor que, aunque sólo le llevaba seis años, era viudo, había perdido a su mujer de parto y luego perdió también a su hija llamada Urbina.

Pronto tuvo un hijo, luego una hija...

Antonia en todo ese tiempo seguía trabajando en el campo, plantaban: papas, arvejas, trigo, cebada, etc. Criaba algún cochino con restos de la casa (en tiempos de posguerra pocos restos habría). También tenían unas cabritas y unas gallinas para el sustento de la casa.

Antonia iba caminando, acompañada de un perro y un farol a la recoba de Santa Cruz con un burro cargado de hierba u un fardo a la cabeza. A veces iba en un camión que se dedicaba a llevar a las lecheras y demás.

Uno de esos días, embarazada y cumplida ya, fue a vender en el camión para traer algo de pescado para el día siguiente. A mitad de camino, aprovechando que paró el camión para bajarse otras personas en el pueblo anterior al suyo. Antonia empezó a sentirse mal, se bajó, entró a un barranco que había por allí cerca y tuvo a su tercera hija. Allí en las Machas, lejos de su gente y sin más ayuda que la de Dios. Al menos los dos primeros hijos los tuvo con ayuda de su madre, pero a esa, pasados los dolores, le cortó la vida con una laja, se la amarró con la tira del delantal y la envolvió en la enagua que traía puesta bajo la falda. Gracias a que un hombre de los que venían en el camión la vio entrar al barranco mando a uno de sus hijos a darle el recado (antes no había teléfono y mucho menos móvil).

Sigue pasando el tiempo y Antonia sigue trabajando en el campo cogiendo hierba para un montón de ganado y teniendo hijos, nada menos que ocho.

Cada día que bajaba a vender, lavaba su ropa y la secaba en el fogal para ponérsela de madrugada, ya que no tenía otra.

Para colmo de males la séptima hija que tuvo le nació con una deficiencia, no hablaba, no comía con sus propias manos, le daban ataques... o sea dependiente total. Se decía que era de un susto que ella tuvo al estar embarazada de ella.

Antonia no había tenido en su vida un día de descanso. Ni siquiera en las bodas de sus hijas ya que, con la ayuda de su hermana, eran las que hacían la comida para la boda, que se celebraba en las casas y los patios.

Por el verano, cuando no cogía hierba se pasaba el día cogiendo higos y echando al pasero y pelando higos picos de noche para hacer las porretas, que tanta hambre mataba. Amarrando trigo que los hombres cegaban, arrancando cebada, etc, etc.

Así vivió ochenta años y los dos últimos lo hizo con el dichoso alzheimer y al menos a su hija más pequeña la llamaba mamá.

Si esa mujer no merece un monumento, que baje Dios y lo vea.

Antonia Mejías Cruz nació, se crió, vivió y murió en Llano del Moro. La hija que tuvo en el barranco aún hoy vive, gozando lo que su madre no pudo ya que va de viaje a cada momento.

Tiene ya ochenta y tres años y los demás unos se han ido y otros vamos "tirando".

¡Esa mujer es mi madre!